

Afectos, afecciones, afectaciones *

Hugo Lerner

“Otra manera de pensar lo nuevo es la de plantearlo como una alternativa del trabajo psíquico requerido por la presencia de diferentes modelos teóricos y de su necesaria articulación. Ello determinará el cómo ser y cómo pertenecer, el cómo pensar. Por superposición entiendo una particular manera de articularse modelos conservando entre ellos fallas irreconciliables. Enfocando este tema desde la mente del psicoanalista, convivirán en él los modelos del pasado de las generaciones, tanto familiares como culturales, los del pasado singular, los del pasado teórico, cuyo tronco común probablemente sea Freud para muchos, y los actuales ligados a teorizaciones de moda, los actuales de la vida cotidiana, los actuales de un contexto científico controvertido y de algún modo los del futuro, aquellos a los cuales se quisiera acceder. Con este bagaje, el psicoanalista habrá de responder a las demandas clínicas actuales, consciente de la insuficiencia de algunas teorías y con la incertidumbre que le puedan despertar las formulaciones aún no reconocidas por el establishment”.

(Puget, 1997, pág. 479)

A MODO DE INTRODUCCION

Cuando la comisión del simposio me convocó para este encuentro, padecí la confrontación de “reacciones” que solemos tener en estos casos. Por un lado, la satisfacción y el honor de haber sido

* Este trabajo fue seleccionado para ser presentado en el IPAC 1999 de Santiago de Chile.

elegido, y por el otro, el temor y la sensación de no tener mucho que decir, tanto más si lo que nos convoca a discutir o se pretende desmenuzar atañe a un concepto como es el afecto.

Lo primero que me surgió como pregunta fue: ¿por qué el afecto? ¿Por qué escribir sobre el afecto? ¿Acaso no está todo dicho sobre este tema, o tal vez esta invitación responde a que tratemos de incursionar en nuevos vericuetos hasta ahora no explorados? En segundo término: ¿por qué separar el afecto, aislarlo de otros conceptos psicoanalíticos? ¿No está presente en cualquier lugar que incursionemos? ¿Es posible pensarlo separado?

Resulta dificultoso pensar el afecto aislado. Siempre está subsumido en actos, palabras, cuerpo, vínculos, etc.; en consecuencia es probable que cualquier tema del psicoanálisis que elijamos discutir, lo incluya. Podemos comparar metafóricamente al afecto en psicoanálisis con un pentagrama (Najmanovich) que está siempre presente. El afecto es el pentagrama y todo lo que se inscribe dentro estaría de por sí "afectado". Está implícito en todo nuestro quehacer, ocupa un lugar central en nuestra práctica. Los afectos en juego en un proceso analítico son lo que le da sentido.

Es pertinente recordar a Modell (1988, pág. 147): "Estoy de acuerdo en que la cuestión del sentido es nuclear en el conocimiento psicoanalítico, pero a mi juicio quienes han tomado como eje el problema del lenguaje pasaron por alto el hecho evidente de que el sentido, en la situación psicoanalítica, no depende tanto de palabras cuanto de afectos..."

Por lo tanto, se me ocurre que esta invitación para discutir acerca de algo sobre lo cual siempre estamos hablando (implícita o explícitamente) entraña un compromiso y un reto, porque tal vez la convocatoria esté dirigida justamente a poder hablar de lo no hablado, o parafraseando a Bollas (1987), hablar de lo sabido y no pensado. Mi intención en este trabajo es plantear diferentes ideas y reflexiones para poder debatir con ustedes, y así, afectándonos mutuamente, poder jugar entre todos (en el más fiel sentido winnicottiano), y como dice Puget en el epígrafe, intentar "despertar formulaciones aún no reconocidas".

El tema que nos convoca es: afectos, premisas y controversias. Tres palabras, tres problemas. A esta altura del desarrollo del

psicoanálisis es realmente dificultoso ponerse de acuerdo acerca de las premisas sobre un concepto. Son tantos los puntos de vista que a menudo sólo abordamos las diferencias, aunque paralelamente damos por sentado algunos acuerdos, todos aquellos que nos identifican como miembros de una misma clase y que son justamente los que nos permite discutir, disentir, apasionarnos.

Una modalidad que siempre nos ayuda en los comienzos es recurrir a las definiciones. El diccionario de la lengua española nos dice que afecto es: “Amor, odio, ira o cualquiera de las pasiones del ánimo”. Por su parte el de filosofía de Ferrater Mora nos remite de afecto a emoción, que entre otras varias acepciones dice: “Se usa a veces emoción en un sentido muy similar a sentimiento”...“La noción de emoción está ligada a la de ‘pasión’, en la acepción de una afección, o de un afecto”. Continúa citando a Aristóteles, quien definía a la emoción como una “afección del alma” y afirma que cuando éste se refiere a emociones también se puede hablar de pasiones. Las emociones serían afectos: “...tales como el apetito, el miedo, la envidia, la alegría, el odio...” y sigue más adelante: “Estas emociones se manifiestan casi siempre ante la perspectiva de algo...”.

Ambos diccionarios remiten al concepto de pasión y el de filosofía nos dice que: “La pasión es una afección o modificación del alma o, en general, de un sujeto psíquico”...“La pasión, passio, es, como efecto de estar afectado o recibir, pati, un acto de ser ‘paciente’”. Luego citando a Hegel: “...La pasión es el lado subjetivo y, por lo tanto, formal, de la energía de la voluntad y de la actividad”.

Como podemos observar, hay una tendencia a ubicar el afecto en el terreno de lo que se siente o se experimenta subjetivamente, y como esta experiencia ocurre ante la perspectiva de algo, que puede ser la perspectiva de otra persona, de ahí podemos inferir que esta experiencia se produce dentro de un vínculo en que uno o varios participantes son afectados por algún tipo de pasión, emoción, sentimiento. Así pues, se puede abordar el estudio del afecto desde un punto de vista interaccional, vincular, en donde los afectos se generan en relación a otro, o si se quiere dentro de una relación. El hecho de pensar el afecto no sólo como expresión de la pulsión sino como resultado de la experiencia vincular, permite

incluir al analista como integrante y generador del clima emocional de la sesión; deja entonces de ser pura expresión individual para ser expresión de dos. Así incluido, el analista deviene copartícipe de la creación afectiva que se da en el proceso analítico.¹

En nuestra práctica estamos siempre incluidos en una atmósfera emocional, afectiva, que tiñe todos los elementos del proceso terapéutico. Es el clima emocional presente en toda interacción interpersonal y que muchas veces es difícil describir. Sabemos que está, que nos involucra y nos implica, pero nos cuesta hablarlo.

A decir de Berenstein y Puget (1996, págs. 156 y 157): “En nuestro campo terapéutico el clima es el conjunto de emociones y sentimientos funcionando como sostén de ciertas interacciones y difícil de traducir en palabras.” ...“Las palabras utilizadas para caracterizar un clima (emocional) intentan dar cuenta de algo en parte inasible y a la vez englobante a todos los integrantes de un grupo dado”... “El clima emocional funciona como un contexto donde los mensajes lingüísticos y gestuales adquieren una significación dada acorde al mismo. Se acompaña de una representación de emociones y sentimientos primitivos, los cuales probablemente nunca puedan ser traducidos en palabras. Posiblemente resulte de la emergencia de un sector mental previo a la adquisición de palabras y que éstas, una vez impuestas, clausuran definitivamente.”

El sostén al que aluden estos autores es, a mi entender, sinónimo de lo que planteo como un pentagrama, a modo de estructura o entramado emocional que deviene en y sostiene los vínculos y permite la significación. Nos advierten que muchas veces es difícil ponerle palabras, y con eso estoy en un todo de acuerdo. Si es dificultoso adscribirle palabras a estos climas emocionales, ¿cómo hacemos para hablar de ellos, para descubrirlos, entenderlos?

ACERCA DE LA RECOLECCION Y LA TRANSMISION DE LOS AFECTOS

“La psicología no pretende prioridad alguna en lo tocante a la comprensión de la naturaleza humana, salvo en un aspecto, que es el de hacer de este estudio

¹ Gioia (1987) plantea, en la misma dirección, que durante el proceso analítico podrían constituirse diferentes estados emocionales generados por la cualidad transferencial del vínculo.

una ciencia. Por ejemplo, tal vez podría demostrarse que Shakespeare –tomándolo como un buen ejemplo de alguien dotado de comprensión intuitiva– entendió todo lo que podría ser descubierto mediante el psicoanálisis, basándose desde luego no sólo en la observación sino también en sus sentimientos y en la empatía. Cada paso adelante que damos en la ciencia de la psicología nos permite ver más cosas en las obras de Shakespeare, así como hablar con menos ligereza de la naturaleza humana. Pero tenemos que hablar, y en mi opinión la psicología se justifica como ciencia si nos permite hablar con menos ligereza”.

(Winnicott, 1945, pág. 38)

Green (1975, pág. 89) refiriéndose al papel que Winnicott desempeñó en la teoría afectiva, dirá que: “La imaginación primaria (anterior a la imaginación secundaria de la simbolización) será la capacidad esencial del analista, que le permitirá entrar en relación con el ser del analizado.” Más recientemente, este autor afirma: “...no tenemos otra manera de llegar a lo intrapsíquico que por el camino del análisis de la relación intersubjetiva, a partir de hipótesis que hacemos acerca del psiquismo del otro tal como se refleja en uno mismo”. (Green, 1995, pág. 199)

Cuando habla de imaginación, alude al modo de comprender los estados afectivos de nuestros pacientes, si estamos hablando de un proceso analítico. Este modelo se hace extensivo a la comprensión y conocimiento de otra persona con la cual nos relacionamos en un momento dado.

Valeros (1997, pág. 319) considera que el uso de un “pensamiento intuitivo” es un paso necesario y fundamental para comprender el estado emocional de otro. Nos dice que es con imágenes y no con razonamientos que podremos o no ponernos en el lugar de otro, y afirma que: “Esta forma de ‘pensar’ es casi instantánea; la reflexión es posterior y mucho más lenta, pero va a estar decisivamente influida por la reacción intuitiva que la precede y subyace”.

La imaginación, la intuición, la empatía, la contratransferencia, etc., como mecanismos para comprender y decodificar estados emocionales de otra persona, siempre son pensadas en términos relacionales. Nos es útil pensarlas siempre y cuando estén integradas dentro de un vínculo.

En este sentido, podemos tratar al afecto como una afección o afectación relacional. Afecto implica que hay dos que se afectan. Si los concebimos así y en el proceso analítico creo que es fácil pensarlos de esta manera, los afectos sólo tendrán significado dentro de un entramado relacional, vincular. Este campo vincular permite el despliegue de los estados afectivos, y es en este campo donde se comunican las personas.

En los comienzos del desarrollo de una persona la presencia de un adulto con el cual se liga afectivamente es de vital importancia. Esta unión afectiva es la base sobre la cual se asentará la comunicación de informaciones vitales y la que permite que muchas veces no tengan que ser explicitados los contenidos de dichas comunicaciones. Este modelo comunicacional parte de los inicios y se construye antes de la adquisición del lenguaje.

La entonación afectiva que se da en los primeros estadios del desarrollo es el primer modo que el bebé tiene de conocer el mundo interno materno. Esta entonación afectiva promueve el conocer, o mejor, el comprender. La comprensión del estado afectivo del objeto maternante permite recabar información acerca de lo que puede estar sucediendo en el mundo real.

Se citan frecuentemente las observaciones que realizaron A. Freud y Burlingham (1944) sobre la calma que conservaban los bebés durante los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial, si la madre, por más que estuviera angustiada, no entraba en pánico. Los niños podían “saber” lo que sucedía en su entorno, pero ese conocer estaba mediatizado a través de la madre.

Bebé y objeto maternante funcionan como un sistema comunicacional y este modelo de comunicación preverbal sienta las bases de un modo de comunicación no verbal que persistirá toda la vida y que permite comunicar y comprender los diferentes estados afectivos presentes en un vínculo. Se parte del supuesto de que el bebé no sólo percibe los afectos de la madre sino también que la madre está percibiendo sus afectos.²

² En relación con esta idea, McDougall (1982, pág. 144) afirma que: “La capacidad de captar al afecto de otro precede a la adquisición del lenguaje y el niño no puede sino reaccionar ante la vivencia afectiva de la madre, mientras que la capacidad de la madre de captar las emociones de su hijo y de responder a las mismas, depende de su deseo de dar un sentido a sus gritos y a sus gestos.”

¿No es esto último lo que sucede en cualquier comunicación? ¿No es esto lo que nos hace sentir “comunicados” con alguien en un momento, a través de este proceso silencioso? ¿No es lo que sucede en los procesos analíticos, el modo comunicacional que nos permite detectar qué emociones están en juego?

¿Qué observamos y registramos en nuestro trabajo psicoanalítico? Expresiones y derivaciones de afectos. Lo que da significación a las palabras y a los múltiples fenómenos que percibimos son aquellas situaciones que asociamos con afectos. No resonamos con las palabras en sí, sino con lo que asociamos a las palabras, asociación siempre cargada de alguna resonancia afectiva, emocional.

Los afectos son los datos que recogemos en la sesión, datos que sólo pueden ser relevados en una atmósfera afectiva, dentro del intercambio afectivo que sucede entre paciente y analista. Como bien señala Modell (1988, pág. 140): “Nos parece correcto afirmar que los afectos del paciente son los transmisores de datos, y que la transmisión se produce únicamente cuando existe un lazo afectivo entre el paciente y el analista observador.”

El analista es un detective que va recogiendo y uniendo las diferentes tonalidades afectivas y cuando *entona* (Stern, 1985) le asigna diferentes significaciones a lo que el paciente comunica, significaciones que irán construyendo nuevas narraciones siempre vinculadas a estados afectivos que, en el mejor de los casos, tendrán cualidades diferentes.

Por consiguiente nuestro trabajo intenta que cambie la cualidad afectiva de una narración. Muchas veces la narración nos parece diferente y en realidad lo que ha cambiado es su cualidad afectiva. El vínculo analítico posibilita cambiar las narraciones. En consecuencia, estas narraciones nuevas significan el cambio del estado afectivo del vínculo. La actitud detectivesca no se desarrolla para llegar a una verdad, sino para intentar construir esas nuevas narraciones que darán una perspectiva diferente a la historia que trae el paciente, historia que siempre tiene una cualidad emocional determinada.

Aquí es aplicable la noción de paradigma indiciario, en la medida en que, como diría Ginzburg (1983), somos detectives que reunimos indicios, los que en nuestro caso siempre tienen una carga afectiva. Estos indicios son los datos con los que trabajamos, para acercarnos a determinados conocimientos.³

¿Cómo recogemos esos datos? ¿Qué instrumentos usamos? Ya dijimos que recurrimos a la imaginación, la intuición (Ginzburg), la contratransferencia, la empatía, etc.⁴

UN POCO DE HISTORIA

“Mi única compañía, en el curso de esa exploración de territorio desconocido que es un caso nuevo, es la teoría que llevo conmigo, que se ha vuelto parte de mí mismo (...). Es la teoría del desarrollo afectivo del individuo, que entiendo como la historia completa de la relación individual del niño con su entorno”.

(Winnicott, citado por Geets, 1993, pág. 53).

Todos conocemos la pregnancia que el concepto de afecto tiene en el psicoanálisis. Desde los comienzos de su obra, Freud le otorgó un lugar relevante. En los primeros escritos psicoanalíticos el afecto estancado era la explicación de la aparición de los síntomas histéricos; por lo tanto, el método terapéutico era la abreacción, que permitía la liberación del afecto. Más adelante

³ En relación a esta noción, Ginzburg (1983, pág 98) aclara que: “...el rigor elástico (permítasenos la expresión) del paradigma indiciario parece ineliminable. Se trata de formas de saber tendencialmente mudas (en el sentido de que, como hemos dicho, sus reglas no se prestan a ser formalizadas y ni siquiera dichas). Nadie aprende el oficio de conocedor o de la diagnosis limitándose a poner en práctica reglas preexistentes. En este tipo de conocimiento entran en juego (como se dice habitualmente) elementos imponderables: olfato, golpe de vista, intuición.”

⁴ Recordemos que, como bien destacó Freud (1921, 1979, pág 104), “...la empatía desempeña la parte principal de nuestra comprensión del yo ajeno...”. Luego, en la misma cita: “Hay un camino que lleva desde la identificación, pasando por la imitación, a la empatía, vale decir, a la comprensión del mecanismo que nos posibilita, en general, adoptar una actitud frente a la vida anímica del otro”.

También en un trabajo anterior (Lerner y Nemirovsky, 1989, pág. 132) ubicábamos a la empatía, entre otras cosas: “Como fenómeno inherente a la comunicación humana: se trata de reconstruir en uno mismo de manera isomórfica con el otro sus estados psíquicos. Para que suceda esto, uno tiene implícitas algunas concepciones del comportamiento humano y de los diversos estados emocionales. Cuando el analista comprende empáticamente se ha producido en él una resonancia vivencial isomórfica con el paciente.”

Por supuesto en este modelo de recolección de datos, de comprensión, se encuentra implícito que lo que recabamos se relaciona con situaciones afectivas.

contemplaba las transformaciones del afecto: su conversión en las histerias, su desplazamiento en las obsesiones y su transformación en las neurosis de angustia y en la melancolía.

Como bien señalan Laplanche y Pontalis (1974), a partir de entonces el concepto tiene dos significaciones: "...puede tener un valor puramente descriptivo, designando la resonancia emocional de una experiencia, por lo general intensa. Pero, con mayor frecuencia, tal concepto implica una teoría cuantitativa de las catexis, que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones".

Abordar el segundo punto de vista, el de la teoría cuantitativa, presupone querer profundizar en las conceptualizaciones metapsicológicas del afecto y este camino implica, como bien apunta McDougall (1987, pág. 149), "adentrarse en un terreno minado, una exploración considerada peligrosa desde el inicio del psicoanálisis". El peligro al que alude esta autora se relaciona con el vínculo entre el afecto y la pulsión. Recordemos que para Freud la pulsión tiene un doble registro, el de la representación y el del afecto, siendo este último el registro cualitativo de la cantidad de energía de la pulsión. Estamos en el terreno de un modelo mecánico que nos habla de energías, cantidades, transformaciones de energía; es un modelo termodinámico, con una fuerte connotación positivista.

La primera de las modalidades que describen Laplanche y Pontalis, la de la resonancia emocional, alude a la experiencia subjetiva del afecto, a aquello que percibimos o de lo que nos hablan nuestros pacientes y que conlleva un contenido emocional.

El concepto de afecto tuvo, especialmente en los comienzos del psicoanálisis, una explicación de clara inspiración biológica. A medida que esta nueva disciplina se fue desarrollando, comenzaron a surgir nuevos pensadores que, si bien partían de los conceptos freudianos, en la conceptualización del afecto plantearon algunas diferencias. Podríamos decir que la concepción de Freud fue un tanto solipsista, en tanto trató de ubicar básicamente sus investigaciones en el terreno de lo intrapsíquico. Sus ideas con relación al afecto estuvieron enmarcadas principalmente bajo esta mirada. Con la aparición de nuevas teorías el acento se fue desplazando de lo intrapsíquico exclusivamente, a lo intersubjetivo. M. Klein da entrada a categorías afectivas como el amor, el odio, la envidia,

vinculándolas a las vicisitudes de la relación objetal. Comienza un cambio.

Luego vino Fairbairn, que si bien paradójicamente partió de los estudios de los aspectos esquizoides de la personalidad, y por ende nos habla de las defensas frente al afecto, se sumergió en el estudio de éstos desde una óptica interaccional, más vincular. La idea de una “libido buscadora de objetos” nos alerta acerca del modo en que conceptualizaba el funcionamiento mental. No todo era expresión de la biología, de un aparato que busca la descarga. Fairbairn concebía el desarrollo psíquico basándose principalmente en la búsqueda de objetos, la necesidad de relacionarse. Podemos inferir que el desarrollo afectivo tenía para este autor una explicación ligada a un orden interaccional, de búsqueda más que a la descarga de la energía.

En la misma línea, y se puede pensar casi como una continuación, está Winnicott, pues aunque no se ocupó específicamente del concepto de afecto, éste se encuentra implícito en toda su obra. La idea reiterada del “desarrollo emocional primitivo” no hace otra cosa que mostrarnos cómo piensa el mundo de los afectos, cómo entiende el movimiento afectivo en función de un vínculo, en los comienzos principalmente del vínculo madre/bebé (o mejor, objeto maternante/bebé). La afirmación que hace acerca de que no existe tal cosa llamada bebé sin la presencia de una madre no es sino aseverar que no se puede pensar el desarrollo humano (por supuesto, incluye el desarrollo afectivo) sin la presencia de un objeto, sin una relación, sin un vínculo que cualifique la experiencia. Para devenir sujeto el bebé debe estar en relación, ya que sin relación no tendrá existencia. Según Winnicott el estado vincular enmarca el desarrollo emocional: de esta manera el afecto tiene una dimensión vincular.

La importancia que le dio a este modo de conceptualizar la emergencia de las emociones en un vínculo lo hizo pensar en los afectos de los dos participantes de la situación analítica, y fue esto, como bien afirma Green (1975, pág. 89), que “lo llevó a escribir su lúcido artículo ‘El odio en la contratransferencia’. Su abordaje lo conduce a pensar que si el proceso analítico no puede ignorar los afectos del analista, tampoco la concepción del desarrollo –en primer lugar, desarrollo afectivo– puede excluir los afectos de la madre y su capacidad de tolerar, sostener y relevar los mensajes afectivos del bebé en forma tal que sean integrados por el self de

éste. Para lo sucesivo, toda concepción del afecto abandona el aislamiento individual de éste e ingresa en un encuadre de comunicaciones afectivas...”

A partir de aquí es innumerable la cantidad de autores que, a mi entender, conceptualizaron de esta manera el desarrollo afectivo, como Stern, Kohut, Balint, Bollas, McDougall, Bion, Green, etc.

DIFERENTES CONTEXTOS

“La gran pregunta filosófica era: ‘¿Por qué existe algo en lugar de nada?’» Hoy, la auténtica pregunta es: «Por qué no existe nada en lugar de algo?’”

Baudrillard (1996, pág. 12)

El psicoanálisis nace y se establece dentro de un marco social y cultural diferente del actual. Un marco que, entre otras cosas, estaba definido por la estabilidad en algunos planos, por ejemplo el familiar. Como fue bien señalado por varios autores, el centro de atención estaba puesto en lo que sucedía puertas adentro, en la familia, y dentro de ese contexto, más ligado al encierro, se ubica el interés por el complejo de Edipo, las histerias, la sexualidad infantil. En todos los niveles se da una conceptualización del afecto, desde el punto epistemológico, ligada al positivismo de la época.

Nemirovsky (1993, pág. 3) nos recuerda que: “la arquitectura vienesa de principios de siglo, por ejemplo, era el reflejo de una vida centrípeta, posibilitadora de una familia hiperestimulante, contrastando con la vida familiar de hoy, de fuerte tendencia centrífuga, que se despliega en nuestros edificios cuyos habitantes resultan anónimos. Esta atmósfera favorecía el desarrollo de la ‘prima donna’ de los comienzos de siglo, la histeria, siempre necesitada de presencias...”

Hoy estamos más impactados por las ausencias, por lo que falta. Y desde el punto de vista epistemológico pasamos de la impronta positivista que impregnaba a las ciencias de comienzos de siglo (con la fuerte búsqueda de objetividad que llevaba implícita), al subjetivismo que tiñe las ciencias en la actualidad. A propósito de esto último recuerdo una afirmación que leí ya hace un tiempo: “Hay gente que tiene la idea falaz de que la ciencia es objetiva,

mientras que los estudios humanísticos son subjetivos. Otro disparate. La ciencia es siempre resultado de la experiencia personal de un hombre; no hay experiencias impersonales, y así la ciencia resulta subjetiva, dentro del espíritu del hombre, en el mismo sentido en que lo son los estudios humanísticos” (Gould, 1973, pág. 47).

Hoy sabemos que han cambiado los contextos epistemológicos y socioculturales, los que funcionan como marcos que delimitan diferentes explicaciones. Ahora estamos inclinados a incluir modelos que contemplen los aspectos subjetivos, y en nuestra disciplina, específicamente los intersubjetivos.

Por lo tanto, acerca de un concepto como el del afecto, ¿pensamos igual que los pioneros o algo ha cambiado? ¿Las patologías con relación a los afectos son las mismas que antes? ¿Qué son las llamadas patologías afectivas? ¿Han disminuido las expresiones afectivas o emocionales en la sociedad actual? ¿Es cierto que en el mundo de la imagen los afectos y las emociones están ausentes?

No creo que podamos responder taxativamente a estas preguntas. Tal vez lo que se nos impone como tarea es tratar de articular diferentes modelos que puedan dar cuenta de los nuevos problemas e interrogantes. Pero, efectivamente, en el mundo contemporáneo hay una impronta implícita en la cultura que “desacredita” el mundo interior (el de los afectos y emociones) a cambio de “acreditar” el mundo exterior, el de lo que se ve.

Es muy frecuente escuchar que se dejó de lado el discurso de las profundidades y ocupa su lugar el de las superficies. Que el sujeto alienado, víctima de la represión, fue cediendo lugar al sujeto fragmentado, asociado más a la idea de escisión. En el modelo de las profundidades se piensa en términos de historia, de un proceso que implica la noción de tiempo. En el de las superficies impacta más el espacio, el lugar, o como dice Augé (1996), el no lugar.

Los psicoanalistas estamos formados en la concepción diacrónica del sujeto mientras que el mundo actual nos enfrenta con una concepción sincrónica, la del suceso, la de lo actual e inmediato. En los comienzos de nuestra disciplina se pensaba más en términos de conflicto, incluidos los conflictos afectivos. Hoy es habitual que pensemos en función de lo que falta, de lo que no está. Con relación a esto, Kohut (1984, pág. 98) afirma: “En contraste con la

estructura de personalidad de los pacientes de fin de siglo, cuyo examen llevó a Freud a concebir una psique dicotomizada y más tarde a hablar de conflicto estructural, la organización de la personalidad prevaleciente en nuestro tiempo no está tipificada por la simple escisión horizontal que provoca la represión. La psique del hombre moderno, aquella que describieron Kafka, Proust y Joyce, está debilitada, fragmentada en múltiples partes (escindida verticalmente) y carente de armonía. De ello se desprende que no podremos comprender en forma adecuada a nuestros pacientes y explicarnos lo que a ellos les ocurre, si pretendemos hacerlo con la ayuda de un modelo de conflictos inconcientes no apto para ello.

Para sintetizar mi punto de vista: La concepción científica de Freud –las elecciones que hizo al efectuar sus observaciones, y la naturaleza de sus teorías– no sólo fueron fuertemente influidas por su personalidad, sino que además derivan de que era un hombre de su época”.

Muchos de nosotros construiremos seguramente un puente que procure unir las características frecuentes en esta época, tales como: la cultura *light*, la superficialidad en los vínculos, la ruptura de la modalidad tradicional de la familia, los vínculos teñidos por el *zapping*, en fin, todas aquellas nuevas formas de conexión humana que tan bien describió Lipovetsky (1993) relacionándolas con el narcisismo, la indiferencia, el vacío, etc. Probablemente construiremos un puente entre estas características, y las modalidades emocionales que conllevan, con la patología que muchos autores señalan como la más recurrente en la clínica de hoy, la ligada a los trastornos narcisistas. Resulta evidente que la relación a la que hago referencia alude a los trastornos en el mundo de los afectos, que Lipovetsky estudió como sociólogo y nosotros descubrimos como psicoanalistas.

A menudo pienso las experiencias afectivas o emocionales en función de un modelo que toma al narcisismo como eje central en el desarrollo del sujeto, pero en el cual el narcisismo depende del objeto para que su desarrollo sea posible. Cabe suponer que el amor y el odio, como ejemplos de pares antitéticos de las categorías afectivas, son expresiones de la satisfacción o frustración de la necesidad narcisista de completud y de conservación de la autoestima, según la respuesta del objeto dentro de un vínculo. En

el enamoramiento, la sensación de completud (en un plano ilusorio) que se tiene con el objeto pudiera derivar de que éste suministra lo que falta para ser, para existir (¿remedo de las experiencias tempranas de la relación madre-bebé?); y al odio, lo podemos pensar como la contrapartida.

Siempre me intrigó saber cuál podría ser el significado de la expresión “media naranja” con respecto a un vínculo de pareja, y de las “media medallas” que en un tiempo acostumbraban regalar-se las parejas de novios. ¿Tendrá esto relación con esa idea de completud, que en el imaginario social recurre a estos símbolos para decirnos que sin el otro no se existe como ser completo? ¿Será la simbolización de un anhelo de unidad, de pertenencia mutua? ¿Será que se necesita al otro para tener la ilusión de que uno es un ser completo y único?⁵

ALGUNAS OTRAS CONSIDERACIONES

En los últimos años vi dos películas que pueden ayudarnos a seguir pensando. *La carnada* trata sobre un grupo de adolescentes franceses que desean conocer Estados Unidos. Fantasean que en ese país van a poder concretar su ideal de tener mucho dinero y “pasarla bien en la vida”. La película nos enfrenta con un conjunto de personajes que pareciera que carecen de emociones. Sus diálogos se encuentran desprovistos de afecto; impresionan como personas que intercambian palabras sin contenido afectivo. La excepción surge cuando irrumpen la idea de irse de Francia. En Estados Unidos van a poder llenar el vacío que los inunda y que no saben cómo llenar. La ausencia de expresión emocional tiene su clímax (para el espectador) luego de un asesinato en que se encuentran involucrados los personajes. Cuando la protagonista es interrogada por la policía, su discurso y su expresión denotan en su punto máximo la nada, el vacío, la ruptura de la asociación entre el acto

⁵ Puget (1997) también reflexionó acerca del significado de la frase “media naranja”, sosteniendo que la idea de complementariedad es una ilusión. No habría nada que a uno de los componentes de una pareja le sobre y al otro le falte, sino que en cada uno habría algo que alteraría al otro. Si bien ella lo plantea en relación a lo masculino y lo femenino, podríamos pensar si no es aplicable a todos los elementos de intercambio en un vínculo, por ejemplo a los afectos y emociones en general. Es otra forma de pensarlo.

en que se encuentra involucrada y algún afecto. El que observa la escena, espera aunque más no sea, que exprese miedo, si no culpa. Pero no, el director nos pone en la situación incómoda de tener que inventar alguna emoción para ella o adscribírsela. Resulta muy angustiante imaginarse la ausencia de sentimientos o no poder descubrirlos.

En la otra película, *Kids*, se muestra a un grupo de púberes y adolescentes que recorren Nueva York en busca de alguna situación ¿que los excite?, ¿que los saque del aburrimiento?, ¿que los haga sentir vivos?, ¿que llene su cotidianidad con acontecimientos? Podemos seguir formulando preguntas y todas se podrán acercar en mayor o menor medida al transcurrir adolescente.

Lo que más me conmovió de la historia es que en todas las acciones y escenas en que participan los personajes (ya sea en peleas, drogas, la problemática del SIDA, la sexualidad), hay ausencia de un contenido emocional manifiesto. El personaje masculino central es un adolescente de 15 o 16 años que dedica gran parte del día a seducir a chicas más jóvenes que él; de esa manera se asegura de que no han tenido relaciones sexuales previas. En un diálogo con su compinche le explica que lo que más desea es seducir vírgenes, y le va contando cuantas ha “conseguido”. Como psicoanalistas, podemos interpretar diferentes contenidos, que estarán más o menos alejados de la motivación de esta conducta, desde toda la problemática edípica vehiculizada a través de la búsqueda de mujeres sin historia sexual, o el hecho de querer convertirse omnipotentemente en el “varón” sin competencia, etc. Pero, insisto, lo que impacta es la ausencia de emociones manifiestas, no sólo en este adolescente que sale de cacería sexual, sino también en algunos otros personajes. Sé que quienes han visto estas películas podrán no coincidir y afirmar que hay otros personajes que no entran en esta descripción. Es cierto, pero aparte de ser un recorte, me incliné a describir aquéllos que, como dije, me impactaron por lo que en una primera aproximación podríamos definir como carentes de emociones.

Como en la sesión psicoanalítica también en el cine los discursos cobran sentido cuando se encuentran teñidos de afectos, y podremos adscribirles un sentido si logramos captar los afectos que están en juego. Debemos resonar emocionalmente con los

diferentes discursos para significarlos. Muchas veces es difícil resonar, como en las dos películas que resumí.

También suele ocurrirnos en la clínica que nos resulta difícil resonar con aquellas personas que parecerían carecer de afectos o que en todo caso tienen dificultad para registrarlos y expresarlos. Es muy común que se cite esta dificultad asociada a la patología psicósomática. El bloqueo del afecto también ocupa un lugar central en la descripción que se hace de la *alexitimia* (McDougall, 1987). Quienes la han estudiado señalan que la negación a los estados afectivos no se restringe a los estados dolorosos, sino que se extiende a la imposibilidad de experimentar los estados afectivos relacionados con el placer. Se señaló la incapacidad que tienen estas personas no sólo para captar y hacer conscientes sus estados emocionales, sino también para comprender los estados afectivos de los otros.

A estos sujetos que padecen de “desafectación”, podemos compararlos con los bebés que no pueden ordenar su mundo afectivo ni tampoco significarlo sin la ayuda de otro que cumpla la función de objeto maternante. Y como dice McDougall (1987, pág. 158), “¿No cabría suponer que la parte alexitímica de la persona adulta es una estructura psíquica infantil notablemente parada en su desarrollo?” Esta autora piensa que en estas personas actúa algún mecanismo mental que escinde las representaciones de palabra de su traducción en representaciones de cosa, y que si este mecanismo dominara por completo el funcionamiento mental se estaría en presencia de un funcionamiento psicótico. Pero los pacientes alexitímicos serían adultos no psicóticos que actúan como “niños no verbales y desamparados, que dependen de otros para que interpreten y afronten sus experiencias emocionales”. Y continúa: “Mi trabajo con tales pacientes me ha llevado a reconocer que han existido durante la primera infancia y niñez unas formas traumáticas de relación que parecen haber contribuido a este tipo de funcionamiento psíquico y que se esconde tras síntomas alexitímicos y las tendencias psicósomáticas.” (1987, pág. 159)

McDougall dirige su atención a los primeros estadios del desarrollo, en los que los bebés no podrían dar cuenta de sus emociones si no es en función del reconocimiento que la madre haga de ellas; las emociones son registradas sólo en presencia de otro que las signifique. “Así como la comunicación corporal directa da lugar a la comunicación simbólica y a la adquisición del lenguaje, también

es la madre la primera en los afectos del niño, proporcionándole así la potencialidad para pensar –o no pensar– sobre sus sentimientos.” (McDougall, 1987, pág. 159)

Los personajes de las películas que resumí nos muestran un recorte que impregna muchos aspectos de la cultura actual. Las dificultades en el ámbito de las emociones han sido señaladas como una característica saliente de esta época. Al decir que estamos en “La era del vacío” (Lipovetsky, 1995) se alude entre otras cosas a la dificultad en el mundo de los afectos. Parecería que estamos lejos de climas emocionales como los de *Ana Karenina* o *Lo que el viento se llevó*, donde resultaba sencillo identificar el contenido afectivo. El contexto social y familiar era entonces distinto. En *La carnada* y *Kids* hay una marcada ausencia de vínculos familiares, así como en las otras películas mencionadas podríamos decir que hay una marcada presencia familiar. En principio, esto señala una diferencia para ir pensando. ¿Habrá faltado en el desarrollo temprano de los adolescentes que describí un contexto que, como diría McDougall, les proporcionara la potencialidad para pensar sus sentimientos?

En la descripción de los cuadros clínicos quise mostrar el lugar que debe ocupar el analista para que puedan ser generados, por el vínculo, los estados afectivos que a estos pacientes les cuesta registrar; también a nosotros muchas veces nos sucede lo mismo (nos cuesta resonar), lo cual nos lleva a concluir, muchas veces apresuradamente, que hay vacío emocional. Como dije, usé esto como un ejemplo. No se nos escapa que esta misma dificultad es la que encontramos en la clínica en diferentes situaciones, y no sólo en los pacientes alexitímicos, psicossomáticos, sino en todos aquellos encuadrados dentro de la llamada patología narcisista, que no han podido generar un espacio para el registro afectivo.

Con algunos pacientes nos resultará más fácil crear este campo de afectación mutua, pero creo que a veces la dificultad procede de que no entendemos la creación de los afectos como un producto de dos, de la relación, del vínculo, de ese campo de creación emocional. Para pensar el afecto de esta manera tal vez no tengamos que centrar las explicaciones teóricas sólo en las conceptualizaciones acerca de la pulsión. En un comentario sobre un trabajo, Puget señala que la autora: “... recuerda que Freud decía que los griegos privilegiaban la pulsión, mientras que nosotros el objeto. Y ahora

no será que debemos privilegiar al otro y a los otros, en lo que tiene de ajenidad y en las producciones psíquicas que promueve.” (Puget, 1998, pág. 3)

¿El afecto no será una producción psíquica en cuya creación el otro es parte primordial? Nuestro desafío es siempre tratar de construir nuevos modelos (aun conociendo su transitoriedad) que nos permitan comprender y explicar todo lo que resulte ajeno (y esto nos inquieta) a los modelos que hasta ese momento nos conformaban.

RESUMEN

En este trabajo planteo algunas ideas y reflexiones para dialogar con los asistentes al simposio sobre diferentes aspectos de un concepto complicado, como es el del afecto. Parto de la suposición de que es difícil pensarlo aislado y lo comparo metafóricamente con un pentagrama. El afecto es el pentagrama siempre presente y todo lo que se inscribe dentro de él estaría de por sí afectado. Ocupa un lugar central en nuestra práctica ya que los afectos son los que le dan sentido al proceso analítico.

Abordo el estudio del afecto desde un punto de vista interaccional. Se genera en relación con un vínculo. Pienso al afecto no sólo como expresión de la pulsión sino como resultado de la experiencia vincular. Desde una perspectiva evolutiva, trato de mostrar cómo se generan los afectos en las relaciones tempranas y cómo, si se traspola este modelo al proceso analítico, nos permite detectar –en caso de que logremos “entonar” con el paciente– los distintos estados emocionales en juego durante ese proceso.

Desarrollo someramente el lugar que ha ocupado la noción de afecto en el psicoanálisis y cómo fue variando su abordaje según los diferentes contextos socioculturales que acompañaron la evolución de nuestra disciplina.

Por último, resumo dos películas cinematográficas y describo ciertas alteraciones en el campo de los afectos que se describen con frecuencia en la actualidad. Tal vez estas consideraciones puedan servir de base para pensar los afectos desde una perspectiva que centre su atención en el campo relacional y tome en cuenta los cambios de contexto.

SUMMARY

I propose in this paper some ideas and thoughts so as to open a dialogue with those present at the Symposium about different aspects of this complex issue, the affect. Starting from the assumption that it is difficult to think about it in isolation, I compare it metaphorically with the staff in music. Affect is like the staff, always present, and everything that is written in it is affected by it. It occupies a central place in our practice since the affects are the ones that give meaning to the analytic process.

My approach the issue of affect from an interactional point of view. It is generated in relation to a relationship. I not only think about affect as an expression of the drive but also as a result of the relational experience. From an evolutionary point of view, I try to demonstrate how the affects are generated in the early relationships and how, carrying this model over to the analytical process, it allows us to detect –when we are able to be ‘in tune’ with the patient– the different emotional states involved in this process.

I expound briefly about the place affects have in psychoanalysis and how its approach has been evolving in relation to the different sociocultural contexts that accompanied the development of our discipline.

Finally, I summarize two movies and I describe certain affective disturbances frequently described in the present times. Perhaps these considerations will be helpful as a basis to think about the affects from a perspective that will center the attention on the relational field and that will take the changes of the context into account.

RESUME

Ce travail présente quelques idées et réflexions pour dialoguer avec les assistants au symposium, sur des différents aspects d'un concept compliqué tel que l'affect. Je pars de la supposition qu'il est difficile de le penser isolément, et je le compare métaphoriquement avec une portée musicale. L'affect est la portée toujours présente, et tout ce qui s'y inscrit est pour cela même affecté. Il occupe une place centrale dans notre pratique, dans la mesure où ils donnent sens au processus analytique.

On aborde l'étude de l'affect d'un point de vue interactionnel; il est généré vis-à-vis du lien. On pense l'affect non seulement comme l'expression de la pulsion mais plutôt comme le résultat de l'expérience

relacionnelle. Depuis une perspective évolutive, on essaie de montrer comment se génèrent les affects dans les premières relations, et de quelle façon, si ce modèle se déplace au processus analytique, il nous permet de détecter –dans le cas où nous parvenions à “entonner” avec le patient– les différents états émotionnels qui sont en marche dans ce processus.

On parle brièvement de la place qu’a occupé la notion d’affect dans la psychanalyse, et comment ont varié les approches selon les contextes socio-culturels qui ont accompagné l’évolution de notre discipline.

Finalement, on résume deux films en décrivant quelques altérations dans le domaine des affects, qui sont plusieurs fois décrites dans l’actualité. Il est possible que ces considérations puissent servir de base pour penser les affects depuis une perspective qui focalise l’attention sur le champ relationnel, et tienne compte des changements de contexte.

BIBLIOGRAFIA

- AUGÉ, M. (1996) *Los “no lugares”*, Ed. Gedisa, Barcelona.
- BALINT, M. (1968) *The Basic Fault: Therapeutic aspects of Regression*, London, Tavistock Public.
- BAUDRILLARD, J. (1996) *El Crimen perfecto*, Ed. Anagrama, Barcelona.
- BERENSTEIN, I Y PUGET, J. (1996) *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*, Paidós.
- BOLLAS, C. (1987) *The shadow of the object: Psychoanalysis of the unthought known*, Free Association Books.
- Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana*, (1973) Ed. Sopena, Buenos Aires.
- FAIRBAIRN, R. (1978) *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Ed. Hormé, Buenos Aires.
- FERRATER MORA, J. (1984) *Diccionario de Filosofía*. Alianza Editorial, Madrid.
- FREUD, A. Y BURLINGHAM, D. (1944), *War and Children*, Nueva York: International Universities Press.
- FREUD, S. (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, *Obras completas*, Amorrortu. Buenos Aires, (1979) vol. XVIII.
- GEETS, C. (1993) *Donald Winnicott*, Ed. Almagesto, Buenos Aires.
- GINZBURG, C. (1983) “Señales, raíces de un paradigma indiciario”. *Crisis de la razón*, Aldo Gargani, comp. Ed. Siglo XXI, México.

- GIOIA, T. (1987) "Acerca de las motivaciones de la transferencia negativa", *Psicoanálisis*, Vol. IX.
- GREEN, A. (1975) *La concepción psicoanalítica del afecto*. Siglo XXI editores, España.
- (1995) "Diálogos clínicos con A. Green", *Psicoanálisis*. Vol. XVII, No. 1. Bs. As.
- GOULD, L. (1973) "La ciencia y el humanismo de nuestro tiempo" *Ciencia ¿ídolo o peligro?*, El Correo de la UNESCO.
- KLEIN, M. Y RIVIERE, J. (1976) "Amor, odio y reparación", *Obras completas*, tomo VI, Paidós-Hormé, Bs. As.
- KOHUT, H. (1984) *¿Cómo cura el análisis?* Paidós, Buenos Aires.
- LERNER, H. (1993) "Notas sobre el concepto de narcisismo y la estructuración del self en la obra de Kohut". Actas del IX Congreso Mundial de Psiquiatría, Río de Janeiro, Brasil.
- (1997) "Algunas consideraciones acerca de la función de especularidad en el desarrollo del self". Actas del VI Encuentro latinoamericano sobre el pensamiento de Donald Winnicott, ApdeBA, Buenos Aires.
- LERNER Y NEMIROVSKY, C. (1989) "La empatía en el psicoanalizar", *Psicoanálisis*, Vol. XI, No. 1.
- Y NEMIROVSKY (1993) "La clínica del déficit". Actas del II Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de Winnicott, Montevideo, Uruguay.
- LÓPEZ GIL, M. Y DELGADO, L. (1996) *La tecnociencia y nuestro tiempo*. Ed. Biblos. Bs. As.
- LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J. (1974) *Diccionario de Psicoanálisis*. Ed. Labor. Barcelona.
- LIPOVETSKY, G. (1993) *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona.
- MCDUGALL, J. (1987) *Teatros de la mente*. Tecnipublicaciones S.A. Madrid.
- (1982) *Alegato por cierta anormalidad*. Ed Petrel. S.A Barcelona, España.
- MODELL, A. (1988) *El psicoanálisis en un contexto nuevo*. Amorrortu Ed. Bs. As.
- NAJMANOVICH, D. (1998) Comunicación personal.
- NEMIROVSKY, C. (1993) "Otros pacientes... Otros analistas?", XXXVIII Congreso IPA. Amsterdam.
- PUGET, J. (1997) "Subjetividad y sexuación", *Psicoanálisis*, Vol. XIX, No. 3.
- (1998) Discusión del trabajo de Costas Antola. Ateneo de ApdeBA,

HUGO LERNER

mayo de 1998,

STERN, D. (1985) *The interpersonal world of the infant. A view from psychoanalysis and developmental psychology*. Nueva York: Basic Books, Inc. Publishers.

VALEROS, J. (1997) *El jugar de analista*, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

WINNICOTT, D. (1945) "Hacia un estudio objetivo de la naturaleza humana" en *Acerca de los niños*, Paidós, Bs. As. 1998.

— (1958), *Through Paediatrics to Psycho-Analysis. Collected Papers*. London. Tavistock Publications.

— (1971) *Playing and Reality*, London. Tavistock Publications.

Descriptores: Afectos. Comunicación. Vínculo.

Hugo Lerner
Billinghurst 2467, PB "E"
1425 Buenos Aires
Argentina